

—¿Qué soñabas, rey?—
 —¡Ay! Que en duro leño
 clavado seré.—
 —¡Hijo de mi vida!
 ¡Eso no ha de ser!
 Deja tales sueños,
 y a dormirte, pues.

La Virgen hilvana,
 cepilla José,
 y Jesús reposa
 dormido a sus pies.
 El niño, agitado,
 despierta otra vez:
 —¿Hijo, qué te pasa?—
 —Madre, no lo sé.
 ¡He tenido un sueño...!—
 —¿Qué soñabas, rey?—
 —Que entre dos amores
 preso me veré.
 Y llegado el día,
 no puedo saber
 por cuál, de uno y otro
 me decidiré.
 Pues si a ti me empuja
 tu cariño fiel,
 el mundo en tinieblas
 me llama también.—
 —Desecha esos sueños.—
 —Los desecharé.
 Mas aunque lo intente,
 mucho es de temer
 que mis sueños puedan
 realidades ser...—

La Virgen suspira;
 medita José,
 y un viento de angustias
 silba en Nazaret.

Vicente NERIA

LAS CIUDADES DEL DESCUBRIMIENTO

JEREZ de la FRONTERA

por ANGEL DOTOR

Académico. Del Cuerpo General de Cronistas
Oficiales de España

PERFIL HISTORICO

CABRIA aplicar a Jerez el dictado de «ciudad muy antigua y muy moderna» considerando tanto su ejecutoria ancestral, patente en hechos enaltecidos y en testimonios perdurables de esplendor artístico pretérito, cuanto dada su importancia actual, denotadora de un desarrollo industrial y comercial que difícilmente halla superación en el país. Población de peculiar carácter, en la que se quintaesencia el alma andaluza, es universalmente conocida, entre otras razones por su producción vinícola, que no cede a la del cognac y el champagne galos.

Asentada sobre una ligera meseta, en medio de dilatada campiña de la provincia gaditana, cerca del río Guadalete y a sólo quince kilómetros de la costa atlántica, ofrece al visitante motivos de singular atracción, en cuyo conjunto se conjugan lo señorial y lo popular, o sea aquello trascendente del espíritu y lo superficial y típico, aspectos ambos encarnadores de cuanto representa el alma de la raza.

Es incuestionable la gran antigüedad de Jerez, si bien, aunque no ha faltado quien crea que su fundación data de la época celta, las noticias que acerca de ella se tienen son vagas e inseguras. En el dilatado término municipal jerezano, uno de los mayores de España, existen ruinas de viejas entidades de población denotadoras de haber estado asentados en ellas primitivos habitantes de esta parte de la Bética, y se han encontrado asimismo restos de objetos pertenecientes a remotas culturas, algunos de ellos de la Edad del Bronce; pero nada de esto ha alumbrado la necesaria luz para fijar el origen de Jerez. Una de esas poblaciones antiguas es la llamada *Asta Regia* o *Mesas de Asta*, situada a 11 kilómetros, en la carretera de Jerez a Trebujena, la cual tal vez fuese destruída en la época alarbe, con motivo de las guerras que precedieron a la caída del califato, trasladándose sus habitantes al lugar que ocupa el Jerez de hoy. Otros historiadores sostienen, en cambio, que Jerez fue primitivamente una colonia fenicia llamada *Xera* conquistada por los romanos, que la denominaron *Serit* o *Ceret*, nombre éste con el que acuñó moneda, y que, al transcurrir el tiempo, quedó trocado por el de *Seritium* o *Xeritium* dado por los latinos y godos, el *Scheres*, *Xeres Xereto* y *Xeres Sadonia* árabe, hasta llegar, pasando por los de *Xerez Sidonis*, de Sidonia y Sedueña, al actual de Jerez de la Frontera.

Durante el período romano la población tuvo incuestionable importancia, según lo proclama la serie de construcciones descubiertas y de objetos hallados correspondientes a dicha época, como son acueductos, cloacas, lápidas, estatuas, monedas, etc., muchas de las cuales se conservan en la Colección Arqueológica Municipal. En cambio, correspondiente a la época visigoda no existe testimonio alguno.

Se cree que, destruído en sus proximidades el ejército del rey Rodrigo, las vencedoras huestes de Tarik se apoderarían en seguida de la plaza. Después se acentuó la importancia de Jerez, dada su situación estratégica, jugando importante papel durante aquellos siglos del Emirato y el Califato, en que tuvieron lugar las invasiones normandas y las luchas intestinas entre los propios musulmanes. Ya en la XIII centuria, el monarca castellano Fernando III *el Santo* envió un importante ejército que se adentró por esta parte de Andalucía antes de la conquista de Córdoba, consiguiendo un gran triunfo junto a las márgenes del Guadalete. En 1255, Alfonso X *el Sabio*, adelantando desde Sevilla la frontera con los infieles, logró apoderarse de Jerez; pero poco después la recobraron los musulimes arderamente al conseguir penetrar en el Alcázar, dando muerte a su guarnición, pese a la denodada defensa hecha

por su alcaide, Garcí Gómez Carrillo, y el alférez Fortún de Torres. De ellos sólo salvóse el primero, pues los moros, admirados de su valor, lo aprehendieron con garfios, y tras curarle las heridas, lo enviaron al monarca castellano.

Antes de que hubieran transcurrido dos lustros, Alfonso X, conocedor de la importancia que para la prosecución de la Reconquista tenía disponer de Jerez, aprestó sus tropas decidido a entrar victoriosamente en ella, lo cual realizóse el día 9 de Octubre de 1264, fecha inolvidable, como lo prueba el hecho de que la población adoptara como Patrono a San Dionisio, cuya conmemoración celebra la Iglesia en dicho día. El Sabio Rey concedió a Jerez escudo de armas, repobló la ciudad con gente de su hueste y señaló el barrio que, a partir de entonces, habían de ocupar los numerosos judíos, desde tiempo atrás habitantes en la misma, permitiendo a muchos de los sarracenos que continuasen en ella. Según datos que figuran en las crónicas de la época, su población era entonces de poco más de dos millares de habitantes.

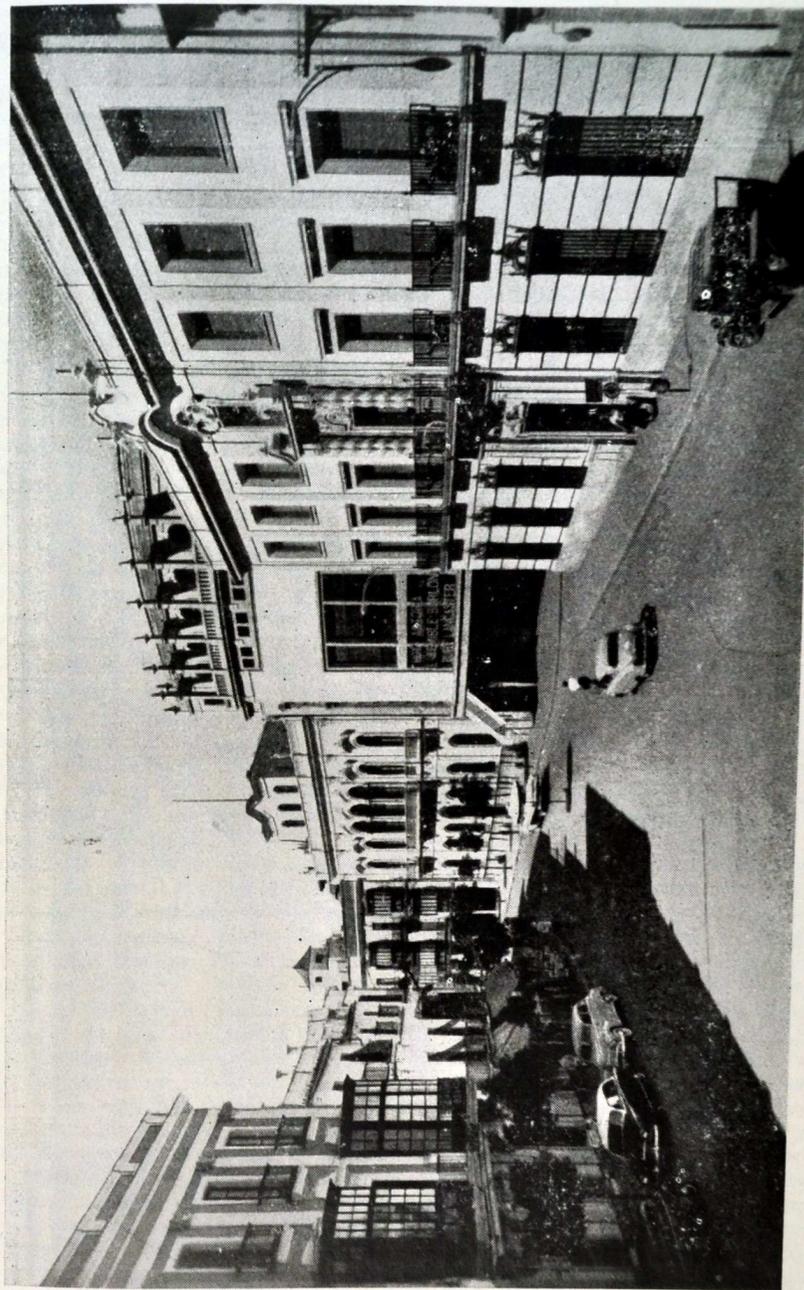
Posteriormente fueron varios los intentos de los musulimes por recobrar la plaza. Así vemos cómo en 1285 el sultán de Marruecos, Aben Yusuf, la puso cerco, del que los jerezanos se defendieron ahincadamente, hasta que, agotadas sus fuerzas, dado lo prolongado del asedio y lo recio de la pelea, reunidos en una capilla de la parroquia de San Juan, decidieron enviar un mensaje escrito con sangre de sus venas, solicitando pronta ayuda del monarca, Sancho IV *el Bravo*, quien no se hizo esperar, pues acudió seguidamente, consiguiendo levantar el cerco. En 1314 trabaron los jerezanos combate con el caudillo musulmán Abu Zaha, que merodeaba por aquellos campos, consiguiendo derrotarle. Unos lustros después, en 1339, fue sitiada de nuevo la plaza, esta vez por el wali de Algeciras, Abu Meleck, a quien los historiadores castellanos llaman el Infante *Tuerto*, y ello dio lugar a que el denodado valor jerezano se patentizase con un rasgo personal ejemplar, el cual estuvo a cargo del caballero Diego Fernández de Herrera, quien, introduciéndose en el campamento enemigo disfrazado de moro, decapitó a su caudillo, consiguiendo así que cesara el asedio. Al año siguiente, 1340, las mesnadas jerezanas se cubrieron de gloria por su intervención en la batalla del Salado, cerca de Tarifa, en que llegaron a conquistar el pendón del ejército musulmán, que a partir de entonces sería su enseña. Y durante el siglo XV las tropas jerezanas, prosiguiendo su brillante actuación en aquella fase avanzada de la Reconquista, alcanzaron otros resonantes triunfos, venciendo a los moros de Jimena de Valdehermoso y a los granadinos de Gionza y Ronda, a más de lograr apoderarse de la plaza de Jimena en 1448. Reinando ya Isabel y Fernando, Jerez les prestó valiosa ayuda durante aquellos años de campaña resolutoria inmediatamente anteriores a la toma de Granada, pues sus tropas intervinieron en la rendición de numerosas plazas.

Como recompensa a tan decidida y constante ayuda, los monarcas castellanos concedieron a Jerez numerosos privilegios, traducidos en beneficio material para sus habitantes y en honor y prestigio para la ciudad. Puede decirse que todos ellos culminaron con el título de «Muy Noble y Muy Leal» dado por Enrique IV.

Durante la Casa de Austria, Jerez no fue objeto por sus monarcas de la misma consideración estimativa que le guardaron los de Castilla. En 1649 sufrió los efectos de una terrible epidemia de peste, que se cebó también en Cádiz y otras poblaciones de la Baja Andalucía. Y a partir de ser instaurada la dinastía borbónica, nunca está ausente Jerez de ningún momento importante del hispano acontecer. Su nombre alcanzó patriótica resonancia con motivo de la Guerra de la Independencia, y después su recinto fue teatro de enconadas y opuestas actitudes con motivo de la azarosa época que siguió a la revolución de 1868.

LA ANTIGUA CIUDAD Y EL JEREZ DE HOY

El visitante que llega al gran florón andaluz que es Jerez conociendo, siquiera en líneas generales, ese esplendoroso pasado cuyo bosquejo brindamos en las pre-



JEREZ DE LA FRONTERA (Cádiz). — Vista parcial de la calle de José Antonio. (Foto Ed. García Garrabella)

cedentes líneas, no podrá sino admirar el gran desarrollo experimentado por la ciudad, que hace de ella una de las entidades de población españolas de mayor crecimiento en la época contemporánea. Pero no es sólo el hecho de que los dos mil habitantes del siglo XIII se hayan trocado en más de cien mil en el XX, señal inequívoca de la feracidad de sus tierras y de la laboriosidad de sus hombres, lo que ha de impresionarle gratamente, sino la sensación que recibe al percibir la perspectiva del caserío, el aspecto de sus calles y la alegría de su ambiente. Al contemplar un plano de la ciudad se advierte que el casco antiguo, o sea la parte comprendida dentro del que fue recinto murado, viene a representar solamente un área seis veces menor de la que hoy ocupa. Esa parte antigua, donde se encuentra el mayor número de monumentos históricos y artísticos jerezanos, con sus calles estrechas, de hondo tipismo ancestral, evocadoras de la época en que, al menos parcialmente, fueron habitadas las casas por moros y judíos; esa parte, decimos, contrasta con el resto de la ciudad, de moderno desarrollo urbanístico perfectamente planeado. Las palmeras y los naranjos que embellecen calles y plazas, las rejas floridas que engalanan muchas casas y el eco de algún cantar que percibe nuestro oído completan el carácter jerezano, el cual persiste, indecadente, justificando la coexistencia al comienzo apuntada de valores imprescriptibles que confieren jerarquía e inquietudes y anhelos hodiernos indispensables para acompañar nuestra existencia a la evolución de los tiempos.

Antes de referirnos con algún detalle al patrimonio monumental jerezano, integrado por larga nómina de grandes creaciones religiosas y civiles de marcado mérito, amén de algunas otras privadas y de varia índole dignas también de conocimiento y exaltación, queremos ocuparnos de dos aspectos característicos de la ciudad: el cante *jondo* y el vino de Jerez, ambos de especial significación e importancia.

Acerca del primero ha escrito un gran literato: «A través de la quejumbrosa canturía del *cante* se adivina, por una parte, la filosofía fatalista y el rumor narcotizante de los instrumentos morunos, y, por otra, la plañidera melancolía de las caravanas de gitanos. Jerez es la cuna del *cante*; pero no del cante desfigurado que se acompaña de la guitarra como en el resto de Andalucía, sino del gitano que susurra al son del *martinete* y del yunque en la herrería donde trabaja el cañí. No es la copia de juergas y jaranas, sino un sollozo, un alarido; es el angustioso lamento de la humanidad encadenada».

Respecto a los famosísimos caldos jerezanos, conceptuados, con razón, como una de las maravillas españolas, por lo que, según dijo el Conde de las Navas, «en las cinco partes del mundo saben dónde está Jerez, con J. y no con X», su producción y exportación, razón básica de la prosperidad de la ciudad, supone la existencia de grandes bodegas, en cuyas naves enormes se guardan verdaderos tesoros de vinos por su calidad y cantidad. García Sanchiz ha escrito: «Templos de extraña beatitud son las bodegas. Algunas lo fueron realmente, o conventos cuando menos. Cada monje de antaño competía en volumen, lustre, substancia y sosiego con los toneles de ahora. Barrios enteros forman dichas casas sin moradores, aparte de las que se encuentran en medio de las viviendas». Y agrega: «Hay toneles de maderas valiosas y con una talla digna de los adornos de un galeón. En el próximo arsenal de La Carraca se guardan bloques como los que proporcionaron las duelas de estos envases, vestigios del tiempo de las Indias, de la selva tropical, inútiles en la actualidad, puesto que hoy los buques se construyen con hierros. Existen pipas heráldicas, marcadas con autógrafos de héroes y de reyes. Las unas, viejas, inspiran veneración, con el borde de su base emblanecido, como belfo de vaca; y su efluvio, que escapa del rezumado... Y al lado de los raros y exquisitos, la falange de los toneles de un enorme tamaño, los conos de una capacidad de estanque, y la innumerable legión de las barricas relativamente anónimas, especie de rebaños, de pjaras. Tanta riqueza yace en las veneradas naves, sumergida en una atmósfera de silencio. En los patios con acacias vense nuevas cubas, bañándose en la luz natural. Así se precipita su vejez, la de su caldo».

El insigne Alarcón plasmó la calidad del líquido alible que encierra esos tone-
jerezanos con este bellísimo

SONETO

¡Detente, pasajero! Aquí reposa
el Adán de los vinos jerezanos,
padre de tantos ínclitos ancianos
como duermen en torno de su fosa.

Enterrado está el sol bajo esta losa,
pero no se lo comen los gusanos,
sino que vida y alma los humanos
aun piden a su llama generosa.

«Abolengo» se llama aqueste vino,
y en cada gota encontrado encierra
de mil generaciones el destino.

Si las cuitas del mundo te hacen guerra,
cátalo media vez, ¡oh, peregrino!,
y jurarás que el cielo está en la tierra».

No cabe aquí omitir la sumaria referencia a la Semana Santa jerezana, por la
brillantez de sus desfiles y el valor de sus *pasos*, que hacen de ella una de las me-
jores que se celebran en Andalucía, como asimismo la importantísima Feria, cuyos
grandes festejos, plenos de colorido y tipismo, que tienen lugar durante los últimos
días de Abril y primero de Mayo, la convierten en digna rival de la sevillana. En
la segunda decena de Septiembre se celebra otra Feria y la Fiesta de la Vendimia,
entre cuyas atracciones figuran festejos populares y actos de exaltación cultural.

Jerez, señorial y popular, eminentemente andaluza y sobremanera española, ha
sido cuna de numerosos varones insignes que descollaron en casi todos los aspect-
os del pensamiento y la acción. He aquí algunos de ellos: Pedro de Estupiñán, con-
quistador de Melilla; Alvar Núñez Cabeza de Vaca, gran explorador y navegante;
Pedro de Vera, que ganó las Islas Canarias; Andrés de Ribera, célebre arquitecto; el
P. Luis Coloma, escritor insigne, y el General Primo de Rivera, glorioso militar y
gobernante.

Algunas de esas personalidades han sido honradas por la ciudad donde abrie-
ron los ojos a la luz con monumentos conmemorativos. El de Primo de Rivera, obra
de Benlliure, se halla en la antigua plaza del Arenal, hoy de los Reyes Católicos. En
la plaza de las Angustias se alza el erigido en recuerdo del aviador Juan Manuel
Durán, uno de los que realizaron el vuelo del «Plus Ultra», obra del arquitecto Fer-
nando de la Cuadra y del escultor Juan Luis Vassallo. El monumento al filántropo
jerezano Rafael Rivero, hecho por el arquitecto Joaquín de Vargas y el escultor ita-
liano Augusto Franzi, está situado en la plaza que lleva su nombre. En la plaza del
General Varela está emplazado el busto en honor del P. Luis Coloma, obra del es-
cultor Ramón Chaveli. En la del Marqués de Casa Domecq se alza el monumento
erigido en memoria de don Pedro Domecq, hecho por el escultor Coullaut Valera.
Y en los jardines del Parque de González Hontoria se halla el busto en bronce de
don Julio González Hontoria, debido al escultor Ramón Chaveli, ya mencionado.

Existen en Jerez otros tres monumentos conmemorativos: el dedicado a la Asun-
ción de la Santísima Virgen, situado en la antigua plaza de Escribanos, obra del ar-
quitecto Fernando de la Cuadra, y del escultor Juan Luis Vassallo; el del Sagrado
Corazón de Jesús, esculpido por el escultor Montenegro, que se halla ante la ermita
del Calvario, y el de San Juan Bautista de La Salle, debido al escultor Manuel de
Jesús Domecq, en la Avenida de Ruiz de Alda.

LAS MURALLAS Y EL ALCAZAR

El recinto murado de la ciudad antigua se conserva sólo en parte, por haber
experimentado parciales demoliciones a fin de facilitar el ensanche urbano; pero, no
obstante, puede seguirse en la totalidad de su circuito, si bien lo subsistente del
mismo se encuentra medio oculto por las edificaciones a él yuxtapuestas, como
acontece en tantas otras poblaciones españolas.

La afirmación, por mucho tiempo mantenida, de que las murallas son de origen
romano no resiste el análisis de una crítica racional, por la cual se advierte cómo su
estructura de argamasa, en la que figura el característico doble encintado, es neta-
mente musulme, de la época almorávide o almohade. Posteriormente fueron objeto
de diversas reparaciones, que les hicieron perder un tanto la fisonomía originaria.

El recinto, cuya forma era un cuadrilátero irregular de unos 600 metros de la-
do, tenía su comienzo en la puerta del Real, seguía por las calles Lencería, Larga,
Porvera, Ancha, Muro, puerta de Rota a enlazar con la del Arroyo, abierta poste-
riormente. Alcázar, que quedaba en un ángulo, uniéndose, finalmente, con la puer-
ta Real. En el código de las *Cantigas* de Alfonso X *el Sabio* figura una lámina, co-
respondiente a la cantiga CXLIII, donde el miniaturista representó a Jerez con ese
contorno irregular de su recinto fortificado, constituyendo esta representación grá-
fica de la ciudad — como atinadamente señala el actual cronista oficial de la misma,
Esteve Guerrero — la más antigua que se conoce. Los lienzos de muralla, coronados
de almenas, se hallaban jalonados por torres cuadradas, de las cuales consérvanse
algunas. En los ángulos existían grandes torres albarranas, de planta octogonal, co-
mo la que todavía se yergue en la esquina de las calles Ancha y Porvera. En cada
uno de los cuatro lados se abrían sendas puertas, llamadas del *Real* o del *Marmolejo*;
de *Sevilla*; de *Santiago*, del *Arenalejo* o del *Olivillo*, y de *Rota*, de *Aceituno* o de la
Servanilla, todas ellas con el gran aparato defensivo — altas torres, barbacoa, etc. —
propio de la época. Las dos primeras tenían inscripciones cúficas, de las cuales se
conservan algunos fragmentos en la Colección Arqueológica Municipal. Posterior-
mente se abrieron en el recinto nuevas puertas, como la llamada del Arroyo (año
1500), y varios portillos; pero las antiguas desaparecieron.

El Alcázar está situado en el ángulo meridional del perímetro fortificado que
anteriormente hemos descrito. Es el más antiguo monumento jerezano, pues se cree
que fue construido en el siglo XI, tal vez antes que las murallas, si bien las nume-
rosas reconstrucciones de que ha sido objeto supusieron la alteración de su estruc-
tura primitiva. Entre los antiguos elementos desaparecidos del mismo se cuentan
numerosas torres, varios lienzos de muro y el foso.

Lo más importante que de esta gran edificación se conserva son los llamados
Baños árabes, correspondientes al período almohade, así como el antiguo aljibe y es-
arco de herradura, muy adulterado; la gran *Torre Octógona*, con el característico do-
ble encintado; la del *Homenaje*, donde tan briosa defensa de la fortaleza hizo el al-
caide, Garci Gómez, según dijimos en la parte histórica; la torre que se cree mandó
construir el Marqués de Cádiz, don Rodrigo Ponce de León, en el siglo XV, muy
reformada posteriormente, y las capillas llamadas de las *Conchas* y de *Santa María
la Real*. Esta, fundada por el Rey Sabio, quien aludió a ella en sus *Cantigas*, tuvo un
retablo con una representación mariana en la que aquél aparecía retratado, así co-
mo un sepulcro donde fueron enterradas las entrañas del monarca Felipe de Nava-
rra, fallecido a causa de la epidemia pestífera durante el sitio de Algeciras.

LA COLEGIATA

La Real e Insigne Iglesia Colegial del Salvador, principal templo de la ciudad,
fue una de las seis parroquias existentes dentro del antiguo recinto murado, situada
en el lado meridional, muy próxima al Alcázar. Fue erigida junto a lo que constitu-
yó la Mezquita Mayor árabe, y su rango data de 1265, por designio del monarca
conquistador, con la anuencia del Pontífice Clemente IV. En 1537 se hallaba ruino-

sa, por lo que se pensó construir un nuevo edificio; pero éste no fue comenzado hasta el año 1696, quedando terminado en 1765, tras varias interrupciones y peripecias, como fueron las consecuencias destructivas del terremoto de 1755, bajo la dirección del arquitecto Cayón de la Vega, que a la sazón estaba encargado también de las obras de la catedral de Cádiz. El templo fue abierto al culto el día 6 de Diciembre de 1778.

Llama poderosamente la atención del visitante el fastuoso exterior que ofrece, con una espaciosa terraza contorneada de balaustres y pináculos barrocos. La fachada principal tiene un triple pórtico churrigueresco que contrasta con el fondo de arbotantes y botareles, reveladores de su ascendencia ojival, elementos éstos cuya ejecución fue imprescindible dada la gran elevación de la nave central, cuya ejecución fue imprescindible dada la gran elevación de la nave central, necesitada de fuertes apoyos laterales. Al lado del edificio, completamente aislada, yérguese la esbelta y curiosísima torre, de cinco cuerpos, el inferior de los cuales es de estilo mudéjar del siglo XV, con ventanales, cornisa circundante y bóveda característica, y los superiores, del mismo estilo dominante en el templo. Esta torre fue reconstruida en gran parte después de haber caído sobre ella un rayo el día 28 de Febrero de 1755, quedando ligeramente inclinada a partir del segundo cuerpo. En las fachadas laterales del templo existen sendas puertas, y otra, además, en el lado de la Epístola, para la entrada al Sagrario.

Su planta afecta la forma rectangular, con cinco naves y crucero rematado por una gran cúpula con linterna sobre tambor y pechinas. La cubierta está sostenida por veinticuatro pilares, de los cuales los correspondientes a los frentes de la nave central y a los brazos del crucero ofrecen columnas corintias empotradas. Las bóvedas son de crucería, muy decoradas las de la nave central y las del crucero con motivos rocalla, así como también el intradós de los arcos torales y los fajones. A excepción del Sagrario, que forma dependencia separada, no existen capillas propiamente dichas, sino retablos adosados a los muros laterales. En medio del templo se halla el Coro, con fina labor de talla del siglo XVIII. La Sacristía tiene una gran portada neoclásica formada por columnas pareadas.

En este templo, cuya promiscuidad de estilo se explica por el mucho tiempo transcurrido desde la iniciación de las obras hasta que fueron terminadas, estuvieron los enterramientos de ilustres familias jerezanas, tal que la de Cabeza de Vaca, así como también los de Garci Gómez Carrillo y Fortún de Torres, heroicos defensores del Alcázar.

Las principales obras de arte y objetos de alto valor histórico que conserva son los siguientes: el *Cristo de la Viga*, talla del siglo XIV; la *Virgen de Guña*, pintura sobre tabla del XVI; la *Virgen Niña dormida*, obra indudable de Zurbarán; el histórico *Pendón de la Ciudad*, que todos los años es trasladado a la iglesia de que es titular San Dionisio, Patrono de la ciudad; ricos ornamentos y alhajas, entre éstas los templos procesionales para la Custodia, que son dos: el antiguo, labrado por los maestros Alonso Moreno Moya y Gaspar Mateos en 1653, y el moderno, debido al arquitecto Aurelio Gómez Millán y el orfebre Manuel Gaballa.

También debe mencionarse la rica Biblioteca, de cinco millares de volúmenes, entre los que figuran códices manuscritos en letra gótica de los siglos XIII al XVI, varios incunables y misales preciosos, ejecutados a mano, del XIV, y otras valiosas ediciones, y la Colección Numismática o Monetario, formado por 2177 monedas y medallas - según el inventario de 1915 -, de ellas 1264 de bronce, 798 de plata y 96 de oro. Ambos, Biblioteca y Monetario, fueron legados a la Colegiata por el ilustre jerezano don Juan Díaz de la Guerra, obispo que fue de Mallorca y Sigüenza en el siglo XVIII.

OTROS TEMPLOS Y EDIFICIOS RELIGIOSOS

San Miguel. El origen de esta iglesia parroquial se refiere a una leyenda de la lucha contra los sarracenos, que Alfonso X *el Sabio* quiso perpetuar, por lo que, al apoderarse de la ciudad, tituló así a una ermita que existía fuera ya de las murallas,

en la zona meridional. El actual edificio, de estilo gótico florido, fue comenzado en 1482, quedando terminado ya en el siglo XVI. Su fachada principal, originariamente de estilo ojival decadente, tiene decoración grecorromana, y tanto la portada como la torre, muy elevada y vistosa, fueron obra posterior, de 1672, hecha por el arquitecto jerezano Diego Moreno Torres. El interior muestra planta *de salón*, con tres naves de casi igual altura, sostenidas por pilares de haces de columnas que, al igual que las bóvedas, tienen rica decoración. La portada de la Sacristía, de estilo plateresco, ofrece gran interés. Tiene este templo importantes capillas, entre ellas las de Nuestra Señora del Socorro, con admirable bóveda construida por Pedro Fernández en 1547, y la del Sagrario, del siglo XVIII. Entre las obras de arte que posee descuellan el retablo mayor, una de las principales creaciones debidas a los célebres imagineros Juan Martínez y José de Arce.

San Dionisio. Este templo parroquial, de estilo mudéjar, fue edificado a mediados del siglo XV, en recuerdo del 9 de Septiembre de 1264, día del Santo titular, en que hizo su entrada en Jerez Alfonso X *el sabio*, al frente de sus tropas. En el siglo XVIII experimentó una gran transformación, primeramente para restaurar las capillas, las cabeceras de las naves centrales y los pilares de la principal, y algunos lustros después con el fin de reparar la techumbre, destruida a consecuencia del terremoto de 1755. El exterior presenta en su imafrente la distribución basilical. La portada es abocinada, de cuerpo saliente rematado por cubierta a dos aguas con arehivoltas apuntadas, y a los lados existen sendas ventanas mudéjares, ciegas. El alero de las naves tiene rica ornamentación. De las puertas laterales sólo la del Evangelio corresponde a la fábrica primitiva. El interior es del tipo basilical, ya denunciado por el imafrente, distribuido en tres naves, de las que la central, más elevada y ancha, termina en ábside poligonal. Son muy interesantes la puerta mudéjar existente en la capilla de Nuestra Señora del Mayor Dolor; el arco de ingreso a la capilla del Cristo de las Aguas, y el retablo mayor, de estilo barroco.

Adosada a esta iglesia se halla la histórica *Torre de la Atalaya*, también llamada del *Reloj*, del *Concejo* y de la *Vela*, de estilo mudéjar, que se cree data del siglo XV. Consta de dos cuerpos, uno que corresponde a la torre propiamente dicha, y el otro a la escalera, y que denotan distintas épocas o fases constructivas. El cuerpo inferior tiene ventanas, unas ciegas en ajimez con *arrabás* de lacería, que estuvieron decoradas con azulejos, y otras abocinadas. El cuerpo superior, de estilo gótico terciario, tiene un ventanal ciego en la fachada lateral izquierda.

San Mateo. Se cree que este templo, del siglo XVI, fue edificado en el lugar que ocupó una mezquita. Corresponde al gótico terciario, si bien contiene partes indudablemente anteriores y otras en las que se manifiestan diversos estilos. Ofrecen interés su portada principal, terminada en arco conopial, y la del lado de la Epístola, de estilo mudéjar, muy reformada. La cabecera es plana y tiene en sus ángulos dos cuerpos de torre achaflanados. El interior consta de una sola nave, de grandes proporciones, con las bóvedas del pie más bajas que las restantes. Cuenta esta iglesia magníficas capillas, como son las del Baptisterio, la de los López de Mendoza, la de Nuestra Señora de la Cabeza, la de Riquelme, la de los Morla, la de los Torres Gaitanes y la de los Villavicencio, en todas las cuales se admiran cúpulas, bóvedas, rejas, retablos e imágenes de gran mérito.

Santiago. Fue en sus orígenes una capilla fundada fuera del recinto amurallado, en la zona Norte, junto a la puerta del Olivillo, que, al igual que la de San Miguel, situada en el extremo diametralmente opuesto, o sea al Sur de la ciudad vieja, se hizo necesario convertir en parroquia, cuando aumentó la población de la ciudad, tras la victoria del Salado. La construcción del actual edificio data del siglo XV, o sea la última época del estilo ojival, pero otras partes del templo corresponden a tiempo posterior, en que preponderaban ya nuevos estilos. De sus tres portadas, la principal, que ostenta el escudo de los Reyes Católicos y cuya parte superior, con arco apuntado y hornacina, es muy semejante a la de la Iglesia de San Miguel, tiene encima una torre cuadrada con chapitel, construida posteriormente, en 1663. Las

otras dos portadas son igualmente góticas, con distinta decoración. La espadaña, llamada *Torre del Reloj*, sobre el ábside, fue construida en 1760, y se compone de dos cuerpos, el primero de ellos con columnas salomónicas adosadas. El interior ofrece planta de *salón*, con tres naves, sin crucero, la central más elevada y ancha. Los pilares son de hacecillos de columnas, y las bóvedas, de aristas. Son muy interesantes la capilla de la Paz, por su bóveda estalactítica con la Cruz de Santiago, y la Sacristía, renacentista, con cúpula ovalada y rosetones. Esta parroquia tiene importantes retablos e imágenes, así como obras de orfebrería, entre las que descuellan una custodia del siglo XVI y la lámpara argéntea, plateresca, de la misma época, que pende del centro de la nave principal.

San Juan de los Caballeros. Esta parroquia, fundada por Alfonso X el Sabio, se llamó en sus comienzos sólo de San Juan. Esteve Guerrero dice acerca de ello que su denominación se amplió después «bien porque en su capilla, que luego recibió el nombre de la Jura, se reunieron los caballeros jerezanos, con ocasión de encontrarse la ciudad cercada por la morisma, para solicitar pronto socorro de Sancho IV, o porque en ella también, según afirma Mesa Ginete, acostumbraban a reunirse los caballeros de las Ordenes Militares de San Juan, Santiago, Alcántara y Calatrava. No se sabe con certeza cuándo fue edificado el actual templo, si bien se cree que la parte correspondiente a la cabecera existía ya a comienzos del siglo XV. La fachada y la portada principal son posteriores, la última, terminada por un cuerpo de torre, de 1628. De las otras dos portadas la más notable es la del lado del Evangelio, hecha en la segunda mitad del siglo XVI. El ábside, almenado, de filiación mudéjar, es el único de esta clase existente en Jerez. El interior del templo consta de una sola nave, de gran amplitud, en la que se advierte construcción de tres épocas, con ábside eptagonal. Las puertas del presbiterio ofrecen decoración rica en lacería. Entre las capillas son de notar las de la Jura y la de San José, ambas con bóveda estrellada. En el presbiterio existen varias laudes de gran valor epigráfico.

San Lucas. He aquí otro templo de estilo mudéjar, parecido al ya descrito de San Dionisio, aunque más antiguo. Se halla próximo al de San Juan de los Caballeros, y es uno de los que han sido objeto de mayores reformas, principalmente en el siglo XVIII. Lo más notable del exterior son las tres portadas mudéjares, sobre la principal de las cuales se construyó un cuerpo de torre terminado en espadaña, que no desentona del conjunto. El ábside ofrece la particularidad de terminar en punta. Su interior, de tres naves, la principal más elevada y ancha, tiene techumbre de madera, que substituyó a la primitiva, aparece en grandes zonas cubierto con yeserías que ocultan la fábrica primitiva. Son notables la cúpula de la primera capilla del lado del Evangelio y una bóveda existente tras el altar de San José, ambas mudéjares. Hay tres retablos muy valiosos: el de la capilla mayor, barroco; el de la capilla de las Animas, atribuido a la Roldana, y el de San Nicolás, con frente de cerámica sevillana del siglo XVI.

San Marcos. Otra de las parroquias fundadas por el Rey Sabio sobre lo que era una mezquita. Perteneció al último período ojival, si bien en su construcción se debió de aprovechar parte de la fábrica primitiva. Tiene tres portadas, la principal, de 1613, con sendos cuerpos de escalera a los lados; la del Evangelio, hoy cerrada, de estilo barroco, y la de la Epístola, mudéjar, con bóveda de lacería. También es interesante el ábside. El interior está formado por una sola nave, con bóveda del ojival terciario. A los lados existen diversas capillas, de las cuales ofrecen mayor mérito la del Baptisterio, de bóveda gallonada, y la primera del lado de la Epístola, con bóveda de nervios cruzados. El retablo mayor es del siglo XVII, pero muy reformado en el XVIII, si bien sus tablas datan del XVI. Existen en esta iglesia imágenes de mérito, la principal de las cuales es la llamada Virgen de la Luz.

La Merced. Este templo fue originariamente el santuario de Nuestra Señora de la Merced, erigido en el lugar donde hallóse la imagen, algo separado del recinto amurallado, al lado Noroeste, el año 1268, imagen proclamada Patrona de Jerez en 1300. El Patronato y Título de Basílica Menor que ostentan la imagen y el santuario, res-

pectivamente, les fueron concedidos en 1949 por S. S. Pío XII. El exterior, de época moderna, carece de interés; pero no así el interior, gótico del siglo XVI, de una sola nave, con ábside de trompas. El coro se halla a los pies de la iglesia, cubierto por un arco rebajado, de primorosa labra ojival. El retablo mayor, labrado por el célebre escultor Francisco Ribas en 1654, tiene un camarín, bajo rico templete de plata repujada hecho en 1658, donde recibe culto la venerada imagen titular. Otra obra argéntea muy valiosa es el frontal, labrado en Guatemala el año 1730. Entre las demás imágenes existentes en este templo mencionaremos la de Santa María la Real, conocida con el nombre de la *Virgen del Pajarito*. En el antiguo Sagrario, hoy capilla de los Riquelme, se halla el mausoleo donde reposan los restos del insigne patricio jerezano don Miguel Primo de Rivera y Orbaneja. Del antiguo monasterio, edificio al que era anejo este templo, hoy convertido en Hospital de Santa Isabel, se conserva uno de los claustros y la valiosa escalera, de atrevida traza.

La Victoria. Templo del antiguo convento de los Mínimos de San Francisco de Paula. Según Grandallana, se construyó en 1543, pero con la exclaustración templo y convento quedaron abandonados, hasta que han sido reconstruidos, hace algunos años, quedando abierto al culto el primero e instalándose en la que fue parte conventual, muy reformada, la Escuela de Artes y Oficios Artísticos y después la de Comercio. La portada está formada por dos columnas dóricas que sostienen el entablamento, sobre el que voltea un arco de medio punto, en el que está inscrita una hornacina con bella imagen de la Virgen con el Niño, terminada por un frontón en el que figura el año 1546, fecha de su construcción. Al lado izquierdo se halla la torre, en cuyos frontones de ambas fachadas aparece consignado el año 1639, correspondiente a su edificación. El interior consta de una sola nave, cubierta por bóveda de cañón con lunetos que decoran motivos geométricos repetidos entre los espacios en que queda dividida por los arcos fajones. La capilla mayor tiene bóveda de arista, y el arco toral columnas toscanas apoyadas en pedestales. El lado de la Epístola es el único que tiene capillas. La sacristía está cubierta por bóveda vaída. El retablo mayor es el más importante, de estilo rocalla. La imagen de la Virgen de la Soledad fue labrada por el escultor Juan Rodríguez Pomar, en 1703.

A continuación de los precedentes templos propiamente dichos, hemos de mencionar las capillas de *Los Remedios* y del asilo de *San José*, así como los conventos de *Santo Domingo*, *San Francisco* y del *Espíritu Santo*.

La capilla de *Los Remedios* ofrece más valor histórico que artístico, pues evoca el milagro mariano logrado por la fe de los jerezanos en 1325, cuando, hallándose la plaza cercada por la morisma, y pese a la inferioridad numérica cristiana, logróse una gran victoria, conocida con el nombre de *Batalla de los Cueros*. El templo tiene interesante portada, de 1654, con hornacina en la que está colocada la imagen de la Virgen, de gran valor artístico. Dentro existe otra de la titular de Nuestra Señora de los Remedios, en madera policromada, del siglo XVI.

La capilla del asilo de *San José*, que en otro tiempo fue Hospital de la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, llamado también Convento de Recogidas, tiene la fachada dividida en dos partes, la de la izquierda con una portada que corresponde a la capilla, en cuyo dintel se halla un relieve, y la de la derecha formada por otra portada menor, que remata en una espadaña. El relieve de referencia, de alabastro, representa la Resurrección del Señor, y fue muy elogiado por el célebre pintor Pacheco, quien afirmó que lo vio muchas veces pintado. El crítico E. Romero de Torres cree que es obra del siglo XIII.

El *Convento de Santo Domingo* es el cenobio más importante de cuantos existieron en la ciudad. Tiene su origen en la época de la reconquista de la misma, a partir de la cual fueron muchos los privilegios y mercedes recibidos. El templo tiene dos puertas, la principal de las cuales no llegó a ser terminada, desapareciendo hace algún tiempo lo que de ella había, y la correspondiente a la nave del Rosario, de estilo barroco; terminada a comienzos del siglo XVIII. La gran nave da ingreso por el lado mudéjar del Evangelio a otra construida posteriormente, con lo que la planta

afecta la forma de una T. En la puerta de la nave principal correspondiente a los pies del templo existen varias capillas. En la conventual, que es de propiedad particular, hubo otras dependencias y varios claustros, de los cuales sólo queda uno, gótico, de espléndidos ventanales, hecho en el siglo XV.

El *Convento de San Francisco* fue fundado también en tiempos de la reconquista de la ciudad, pero apenas queda nada de su construcción primitiva, pues sufrió diversas reedificaciones, con la postrera de las cuales, en el último tercio del siglo XVIII, quedó terminado el nuevo templo. Tiene portada de dos cuerpos y torre con rasgos de la inicial estructura. El interior es de una gran nave con bóveda de cañón, capilla mayor cubierta por bóveda hemisférica y sacristía ojival decadente. En el presbiterio se halla el sepulcro de la malaventurada esposa de Pedro I *el Cruel*, doña Blanca de Borbón, mandada matar por el monarca castellano en 1361.

El otro convento de referencia, o sea el del *Espíritu Santo*, situado en el corazón del Jerez antiguo, se considera el primero de monjas que hubo en la ciudad, denominadas Monjas Dueñas de Santo Domingo. Su iglesia tiene la entrada por un típico compás existente a la derecha. La portada es muy artística, pues está constituida por columnas sobre pedestales, empotradas, de capiteles corintios, friso y rica decoración, y la puerta, adintelada, tiene un gran arco de medio punto que, en el fondo, está formado por una concha. El interior es de una nave cubierta por tres tramos de bóvedas y cerrada por ábside circular. A los lados hay columnas adosadas. En el coro, situado a los pies del templo, figura una inscripción alusiva a que éste fue terminado en 1577.

ARQUITECTURA CIVIL

Tras la exposición de las edificaciones catalogadas en los grupos castrense y religioso, hemos de dar una ojeada a las de índole civil, que también son numerosas, principalmente palacios y mansiones solariegas.

La más notable es el llamado *consistorio* o antiguo *Cabildo*, que en 1873 fue destinado a Biblioteca Pública y hoy alberga a la Biblioteca y Colección Arqueológico Municipal. Tiene una bella fachada plateresca que guarda muchas analogías con la del Cabildo de Sevilla. Está dividida en dos partes, la de la izquierda con pórtico o logia al estilo italiano, sostenida por columnas marmóreas con capiteles corintios renacentistas, y la de la derecha, que es la fachada principal propiamente dicha, separada en tres espacios por ocho medias columnas pareadas, estriadas, de capiteles corintios y descansando sobre un basamento artísticamente decorado con cartelas. En el espacio central se halla la puerta principal, adintelada, con contorno adornado muy minuciosamente. En el dintel, rematado por el escudo de la ciudad, hay una larga inscripción alusiva, en la que consta la fecha de su edificación: año 1575. Las otras dos partes o espacios de la fachada las ocupan, sendas ventanas terminadas por frontones, sobre los que están en hornacinas los bustos escultóricos de Julio César, a la izquierda, y de Hércules, a la derecha, y en las cornisas de dichos frontones los altorrelieves de las cuatro virtudes cardinales. Corona el edificio una balaustrada con el escudo de Felipe II, hecha posteriormente, a comienzos del siglo XIX. En los tímpanos de los frontones de las ventanas hay grabadas otras inscripciones también alusivas a la construcción del monumento, en una de las cuales se consigna que fueron autores del mismo los arquitectos Andrés de Ribera, Diego Martín de Oliva y Bartolomé Sánchez, el primero de ellos autor también de la monumental portada de la Cartuja, que después será descrita.

La entrada a la Biblioteca está en el pórtico, por una puerta adintelada que da acceso a la Sala de Lectura, cubierta por bella bóveda. Al fondo hay otra puerta que da paso a la antigua Sala Capitular, de rica decoración renacentista, en uno de cuyos frentes existe una hornacina donde se halla la estatua sedente de Alfonso X *el Sabio*. Ambas estancias están ocupadas por estanterías y demás mobiliario del servicio de biblioteca, la cual cuenta más de 25.000 volúmenes, entre los que figuran algunos muy valiosos por su edición y encuademación y notables manuscritos. Al mé-



JEREZ DE LA FRONTERA (Cádiz).—Vista de una de las grandes bodegas
(Foto Iglesias)

rito de la Biblioteca en sí ha de agregarse el de la Colección Arqueológica, muy acrecida a partir de 1935 merced a la entusiasta aportación particular y al resultado de las excavaciones oficiales emprendidas en las ruinas de la antigua *Asta Regia* o despoblado denominado *Mesas de Asta* trabajos que han permitido incrementar el número de objetos de la Colección, la cual ocupa ya dos salas, donde tienen brillante representación las Edades del Bronce y del Hierro y las épocas cartaginesa, italo-griega, romana, visigoda y musulmana. Las piezas de mayor mérito son un casco corintio del siglo VII antes de Jesucristo, dos cabezas romanas de mármol, una pila visigoda y una jarra califal. Existe también una colección numismática que comprende las series hispánica, romana, árabe y castellana.

Respecto a las bellas mansiones señoriales jerezanas, tan considerable es su número que describirlas con algún pormenor requeriría redactar toda una monografía. Con razón se habla de docenas de edificios de esta clase que fueron residencia, y aun lo son hoy, de la alta aristocracia que siempre albergó la fastuosa ciudad. Una de las más notables es la de *Ponce de León*, hermosa construcción renacentista, propiedad del Ayuntamiento, que la tiene destinada a escuelas, la cual fue erigida en la primera mitad del siglo XVI y reformada posteriormente; su exterior tiene un ventanal esquinado verdaderamente portentoso por la riqueza y finura de su labra plateresca, hecho en 1537, y su interior un patio con columnas marmóreas en cuyos capiteles aparecen los escudos nobiliarios de varias familias ilustres. La casa de *Riquelme* es otra antigua edificación particular muy valiosa, de la cual no llegó a terminarse más que la planta baja, cuya fachada tiene una portada plateresca de dos cuerpos con rica decoración. Otras casas jerezanas constitutivas de hermosos ejemplares son: la de *Dávila*, con gran portada y ventana esquinada, ambas de transición renacentista; la de *Domecq*, antes de Aladro, edificada en 1778, considerada como modelo de la típica casa señorial jerezana del siglo XVIII, que tanto en el pormenor de su fachada como en las estancias y demás del interior ofrece un gusto estético ejemplar; la de *Campo-Real*, antigua de Benavente, con buena fachada del siglo XVIII y hermoso patio renacentista, así como un archivo de gran valor; la de *Villapanés*, con tres fachadas, en las que descuella la portada principal y la decoración de las esquinas; la de *Bertemati*, construida hacia el 1785, de hermosa portada y gran balcón barrocos parecidos a los del sevillano palacio de San Telmo; la de *Pérez Luna*, de 1777, con típico reloj de sol en la fachada, y, finalmente, las del *Barón de Algar del Campo*, *Gonzalez del Villar*, *García Riquelme*, *Conde de Casares*, etc.

CERCANIAS DE JEREZ

A cuatro kilómetros de la ciudad, al lado Sureste, junto a la margen derecha del Guadalete, se halla la *Cartuja*, uno de los monumentos religiosos más importantes de la misma, cuya descripción hemos dejado para el final en virtud de ese su emplazamiento. Esta llamada *Cartuja de Nuestra Señora de la Defensa*, que tan de lamentar es haya sufrido las consecuencias del abandono en que estuvo sumida durante más de un siglo, o sea desde la exclaustación, ha sido objeto de nueva fundación por la misma orden de los Cartujos en 1948, hallándose actualmente en plena restauración. Fue fundado el monasterio en 1463 por el caballero jerezano don Alvaro Obertos de Valetó, en el lugar donde se libró la batalla llamada *del Sotillo*, ganada a los agarenos por la protección de la Madre Divina, y fue cedido a los monjes de la Cartuja de Santa María de las Cuevas, de Sevilla, que se instalaron en el edificio el año 1476.

Da ingreso al cenobio un grandioso pórtico grecorromano compuesto por un arco de medio punto, a cuyos lados hay varias columnas toscanas, pareadas, que se apoyan en basas, sosteniendo el entablamento y el remate, en el que se encaja en una hornacina que afecta la forma de concha un altorrelieve representativo del Padre Eterno. En unas cartelas colocadas sobre los triglifos se lee la inscripción alusiva al insigne arquitecto autor de la obra, Andrés de Ribera, y al año de su terminación,

1571. El arco central circunscribe a otra menor y tiene en el fondo tres hornacinas con las imágenes de la Virgen, San Juan Bautista y San Bruno. Ante esta portada se halla la Cruz de la Defensa, de estilo Renacimiento, hecha a finales del siglo XVI. Penetrando en el interior se halla un patio, a uno de cuyos lados está la capilla de los Caminantes o del Rosario, y al otro la puerta de comunicación con el llamado patio de las Oficinas, donde hay varias dependencias. Enfrente se contempla la fachada del templo, de gran riqueza y armonía, hecha en 1667, cuyas dimensiones corresponden a las de la nave del mismo. Este gran imponente pétreo, que parece un gigantesco retablo, comprende cuatro cuerpos, con un total de 24 columnas, de ellas 12 jónicas y 12 corintias, varias imágenes que representan escenas de la vida de San Bruno y un balconcillo con balaustradas sobre la puerta y delante de un gran rosetón calado que da luz a la iglesia, rematando el último cuerpo en un pequeño frontón donde se halla una figura que representa al Padre Eterno. El interior, de estilo gótico decadente, consta de una sola nave, con ábside al fondo, cubierto con bóvedas de crucería estrellada. La verja, construida en 1760, constituye un maravilloso trabajo de forja. La portada del coro, de estilo plateresco, fue hecha en 1538. La sillería, que tras de estar durante mucho tiempo en la iglesia de Santiago ha sido restituida a su primitivo lugar, constituye una de las mejores existentes en España, de estilo plateresco, la cual fue hecha por Cristófer Voisin y Jerónimo de Valencia en 1547. Al pie del presbiterio se halla la tumba del fundador de este grandioso monumento, con extensa inscripción. En el lado del Evangelio está la sacristía, cubierta de yeserías, y en el de la Epístola la puerta de entrada al claustro, el cual es de forma cuadrada, con robustos pilares y columnas en los ángulos. El Refectorio, que se cree fue hecho por Diego de Riaño hacia el año 1533, es una de las piezas más notables del monasterio, cubierta con bóveda de crucería estrellada, y tiene portada plateresca con relieve en el intradós, columnas empotradas y bello friso. El Claustro grande, llamado también de los Arrayanes o del Cementerio, de enormes proporciones, pues a su alrededor había veintinueve celdas de monjas, fue hecho en el siglo XVI. Tan excepcional fue el tesoro artístico de la Cartuja que para apreciar debidamente su importancia sería preciso, según apunta Esteve Guerrero, «visitar no sólo diferentes iglesias y museos nacionales, sino también otros extranjeros, en los que se muestran con orgullo muchas obras procedentes de la Cartuja jerezana».

La *Ermida de la Ina* es otro monumento merecedor de ser conocido entre los que existen en el campo jerezano; el cual se halla a unos diez kilómetros de la ciudad, junto al Guadalefe. Aunque su valor artístico sea modesto, pues se trata de un santuario originariamente mudéjar muy reformado en siglos posteriores y actualmente convertido en casa de labor, entraña verdadera relevancia histórica, ya que fue edificado en recuerdo de la victoriosa batalla librada contra los benimerines el 27 de Octubre de 1339. Este encuentro fue posible merced al rasgo heroico del noble caballero jerezano Fernández de Herrera, quien adentrándose en el campamento enemigo vestido de moro, logró decapitar al caudillo sarraceno, Abu Melek, llamado también el *Infante Tuerto*; sembrando el desconcierto entre los sitiadores de la ciudad, lo cual permitió fuesen vencidos, según ya indicamos en la parte histórica.

Castillos y torres. Fueron numerosas las construcciones de esta clase, principalmente las segundas, que hubo diseminadas por la campiña, unas de origen musulmán y otras edificadas después de la reconquista de la ciudad y su territorio, los cuales quedaron como fronterizos, para la necesaria vigilancia defensiva. De la mayor parte de ellas subsisten sólo ruinas, varias torres han sido embebidas en posteriores construcciones y algunos castillos fueron reformados. Hay dos de éstos que todavía conservan parte de su fisonomía prístina: el de *Gigonza*, con patio de armas y torre de origen musulime, que perteneció al Almirante de Castilla don Alonso Enriquez, y el de *Melgarejo*, con gran patio de armas y torre de base cuadrada y cuerpo superior octógono.

CIUDAD DEL AGUA

Ciudad en carne viva,
deshechas alboradas
cayendo ya vencidas.
Agua.

Ciudad, mano de amiga,
sangre de viento y mapa.
Una cruz: golondrina.
Agua.

Ciudad del agua. Día
caído, turbio y malva.
Boca llena de risas.
Agua.

La sombra luz abría
en cristales de lágrimas.
Debajo suena fría
agua.

Corazón,—te lastima
abril en la ventana!
(Dios manó por su herida
agua)

...Y Dios te bendecía:
«en el nombre del agua...»
La ciudad de rodillas
comenzó su plegaria.